



# El mensajero de los astros (1610)

## *The Starry Messenger (1610)*

■ El año 1564 fue testigo del nacimiento de dos grandes hombres: William Shakespeare en Inglaterra y Galileo Galilei en Italia. El primero, profundo conocedor de las pasiones humanas, cuando escribía sobre los entresijos del poder en dos ocasiones situaba su relato en la República de Venecia. *Otelo* y *El mercader de Venecia* fueron compuestas hacia 1600, época en la que el Mediterráneo aún era el centro del mundo y Venecia su capital. En ésta, pese a los rigores de la Contrarreforma, trabajaban sin apenas restricciones mercaderes, intelectuales, aventureros, artistas y artesanos; éstos abarrotaban sus calles y realizaban cualquier tipo de encargo.

Los venecianos eran, por encima de todo, gente práctica. Por eso, es muy probable que contratasen a Galileo, como profesor de matemáticas en Padua, atraídos por su acreditado talento para los inventos, que todavía hoy pueden admirarse en el Museo Galileo de Florencia. Entre ellos, destaca su “compás militar”, combinación de escuadra de artillero y regla de cálculo, que fabricaba y vendía en su propio taller, acompañado de un manual para su utilización. Como puede colegirse, Galileo hacía ese tipo de cosas que los venecianos más admiraban; en su caso: *scienza commerciale*. Por lo tanto, no puede sorprender que cuando aparecieron los primeros catalejos, construidos en los Países Bajos a finales de 1608, sus fabricantes pensasen en Venecia como el primer cliente al que ofrecerle la novedad. Pero su intento fue fallido, pues la República tenía a su servicio un científico y matemático tan preparado o más que los que había en el norte de Europa. Además, Galileo, era un magnífico publicista. Así, en cuanto hubo fabricado el nuevo instrumento, el Senado veneciano se reunió en el campanario de San Marcos para conocer sus aplicaciones. Desde ese estupendo mirador, con el catalejo (*spyglass*, en inglés) se podía divisar e identificar un barco a más de dos horas de navegación. Su utilidad militar no pasó desapercibida para nadie, ya que existe constancia de que el embajador de Inglaterra en Venecia informó de inmediato a sus superiores. (Es curioso que tanta gente haya tenido que esperar a WikiLeaks para conocer a qué se dedican las embajadas.)

Cualquier otro se hubiera conformado con su triunfo en el *Campanile* veneciano. Sin embargo, Galileo pensó que el instrumento también podía servir para investigar, lo que ya de por sí constituía entonces una original idea. Mejoró los aumentos del telescopio y, luego, lo dirigió al cielo. Hizo por primera vez lo que, desde un punto de vista práctico, debe hacerse en ciencia; esto es, idear un aparato que mida lo que se quiere mensurar o que mejore la capacidad de nuestros sentidos; seguidamente, efectuar los oportunos experimentos u observacio-

nes, verificarlos, y, por último, publicar los resultados. Así, entre septiembre de 1609 y marzo de 1610, momento en el que sale de las prensas de Venecia su *Sidereus nuncius (El mensajero de los astros)*, por cierto muy bien ilustrado, dedicó sus energías a las observaciones astronómicas. Algunos fragmentos de esta obra, que este año cumple su cuarto centenario, vienen recogidos en el artículo (pp. 214-221) de Javier Ordóñez, con el que queremos rememorar este aniversario.

Dos razones fundamentales hacen que Galileo y sus circunstancias no sean un episodio más de la historia. Primera, el empleo de la observación y la experimentación, a partir de las cuales el astrónomo teoriza, marcan una clara inflexión que señala con claridad la primera madurez de la ciencia moderna. Con él se inaugura una *nuove scienze*, que rompe con el pasado. La investigación de Galileo, por lo tanto, no se queda en una mera recopilación de datos sensibles, sino que los relaciona sirviéndose de las matemáticas. El alcance de esta relación quedó expuesto con claridad en las primeras páginas de su obra *Il Saggiatore (El experimentador, 1623)*: “La filosofía está escrita en este grandísimo libro que continuamente está abierto ante nuestros ojos (digo: el universo), pero no puede entenderse si antes no se procura comprender su lengua y conocer los caracteres en los cuales está escrito. Este libro está escrito en lengua matemática, y sus caracteres son triángulos, círculos y otras figuras geométricas, sin las cuales es totalmente imposible entender humanamente una palabra, y sin las cuales nos agitamos vanamente en un oscuro laberinto”. O sea, la naturaleza puede reducirse a formas geométricas y a fórmulas matemáticas. Sin embargo, como se sabe, no fue nuestro astrónomo el único en percatarse de que el progreso de la ciencia iba por este camino.

Y, segunda, el desincentivador mensaje que supuso su humillante proceso y posterior confinamiento, unido al creciente hostigamiento de la Inquisición y la enorme pujanza económica surgida en el Atlántico, ahogaron el desarrollo de la ciencia en el Mediterráneo, que acabó encontrando caminos más expeditos en el norte de Europa. Baste recordar que, a causa de la condena de Galileo, Descartes no quiso publicar su *Traité du monde*, que no vio la luz hasta casi 30 años después de su muerte. Quizá, por todo esto, el azar quiso que, el día de Navidad del año en que moría Galileo ciego, empobrecido y arrestado en su domicilio de Arcetri (Florencia), en Inglaterra naciera Isaac Newton\*.

\* \* \*

Al igual que siempre, los que hacemos esta *Revista de Humanidades* agradecemos a los amables lectores su fidelidad y a nuestra benefactora, la Fundación Pfizer, el apoyo incondicional con el que nos distingue. Hasta el próximo mes de junio.

José Luis Puerta  
jlp@dendramedica.es

\* Bibliografía: Bronowski J. *The ascent of man*. Londres: Book Club Associates. 1973. Hall AR. *The Scientific Revolution 1500-1800*. Londres: Longmans, Green & Co. 1967. www.museogalileo.it.



Pleine lune (©Luc Viatour, [www.lucnix.be](http://www.lucnix.be)).